

CUARTA PARTE.

VIAJE A JERUSALEN.

(Continuacion.)

Luego que salimos del convento fuimos á la ciudadelá, en la que en tiempos anteriores no permitian la entrada á ninguno, pero despues que está arruinada, la dejan ver dando algun dinero. Prueba d'Anville que este castillo, llamado por los cristianos *Torre ó Castillo de los Pisanos*, está edificado sobre las ruinas del antiguo castillo de David, y ocupa el mismo lugar de la torre Psephina. Como quiera que sea, este castillo no es hoy mas que una fortaleza gótica, que nada ofrece de particular.¹ Hiciéronme entrar en

¹ Véase la disertacion de d'Anville al fin del *Itinerario*.

una sala abandonada, en la que se veían hacinados muchos cascós, de los cuales algunos tenían la forma de un gorro egipcio. Noté además varios tubos de hierro, semejantes á un cañón de fusil, y cuyo uso ignoro. Estuve tentado de llevarme secretamente dos ó tres de estas antiguallas, y no sé por qué casualidad olvidé mi determinacion.

Desde la torre de este castillo se descubre á Jerusalem de Poniente á Oriente, como desde el monte Olivete se la descubre de Oriente á Poniente. Es árido el campo que circuye la ciudad, pues por todas partes no se ven mas que montañas desnudas de árboles y plantas, y en sus cumbres se distinguen de trecho en trecho algunas ruinas de torreones ó mezquitas abandonadas. Estos montes presentan en algunos puntos unas embocaduras ó gargantas, y la vista procura descansar en algun valle; pero aquellas aberturas solo ofrecen otros peñascos tan áridos como los primeros.

Desde lo alto de esta torre fué donde el rey profeta vió á Bethsabé bañándose en los jardines de Urías. La pasion que le inspiró esta mujer le hizo producir poco despues aquellos magníficos *Salmos Penitenciales*.

“No me reprendais, Señor, en vuestro furor, ni en vuestra cólera me castigueis. . . . Tened piedad de mí segun la grandeza de vuestra misericordia. . . . Disipado se han mis dias como el humo. . . . Semejante he venido á ser al pelícano de los desiertos. . . . He clamado á vos, Señor, desde el profundo del abismo, etc.”

Ignoro por qué se da á este castillo el nombre de *los Pisanos*, pero d'Anville hace varias observaciones con este objeto, y en ellas ha copiado un pasaje harto curioso de Belon:

“Es preciso pagar nueve ducados para entrar á ver el Santo Sepulcro, sin que ni pobres ni ricos se eximan de es-

te tributo; de modo que el que tiene arrendada esta gabela está obligado á satisfacer al señor ocho mil ducados. Y esta es la causa de que los peregrinos tengan que pagar una suma exorbitante, si no quieren quedarse sin ver el Sepulcro. Solo los franciscanos, los monges griegos y otras órdenes religiosas se hallan esentas de este pago. Estos lugares son muy respetados por los turcos, que los tienen en gran veneracion. Dicese que los *pisanos* impusieron este tributo, que ha durado desde su dominacion hasta el dia.”

Una especie de agá medio negro se hallaba encargado de la guardia de esta ciudadela cuando yo la visité, el cual tenía á sus mujeres cuidadosamente encerradas, si se habia de juzgar por el afan con que procuraban dejarse ver en medio de aquellas espantosas ruinas. Por lo demás, no descubrí una sola pieza, y creo que el solo estampido de un cañón bastaria para hacer derrumbar aquellos desmoronados torreones.

Despues de una hora de detencion, pasamos del castillo á una calle que va de Poniente á Oriente, y se llama del *Bazar*, y es la calle mayor y mejor de Jerusalem; pero no vimos en ella ni un alma, pues la mayor parte de la gente habia huido á los montes luego que supieron la aproximacion del bajá. En medio de esta desolacion y miseria, encontramos abiertas las puertas de algunas pobres tiendas, y pude observar varios cachivaches de siete á ocho piés en cuadro, donde el dueño, entonces fugitivo, come y duerme sobre una estera; único ajuar de tan mezquinas habitaciones.

A la derecha del bazar, entre el templo y las faldas del monte Sion, entramos en el barrio de los Judíos, los cuales, confiados en su absoluta miseria, no temieron al bajá; y allí estaban cubiertos de miserables harapos, caidos sobre

el polvo de Sion, y mirando fijamente al templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela; y quise comprar el *Pentateuco* hebreo, en el que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero el rabino se negó á vendérmelo. Se observa que los judíos extranjeros que van á avendarse en Jerusalem, viven poco tiempo; y los de Palestina son tan pobres, que todos los años envian á pedir limosnas á sus hermanos de Egipto y de Berbería.

Habia dado principio á largas investigaciones sobre el estado de los judíos en Jerusalem desde el tiempo de Tito hasta nuestros dias, y habia ya emprendido una importante discusion sobre la fertilidad de la Judea; pero debí suspender mis trabajos luego que se publicaron las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*. En estas Memorias, donde se han insertado tambien las del abate Guénéée, que abrazan ambos objetos, son una obra completa de claridad, de criterio y de erudicion. El autor de las *Cartas de algunos judíos portugueses* es uno de aquellos escritores cuyo crédito procuran eclipsar los contemporáneos, pero cuya reputacion aumenta la posteridad. Aconsejo á mis lectores vean estas *Memorias*, porque encontrarán cuanto se pueda apetecer en este asunto. Enpero como no tengo la vanidad de esceder á estos maestros, inutilicé mis trabajos, arrojándolos al fuego, porque aquellos han hecho mas que yo.¹

1. Hubiera podido apropiarme las Memorias del abate Guénéée, ocultando el plagio, siguiendo en esto el ejemplo de muchos autores, que parece han sacado el agua de las fuentes, callando el nombre de los que les precedieron. Estos fraudes son muy fáciles en el dia, porque nunca ha sido mayor la ignorancia que en este siglo de luces, en que muchos empiezan á escribir antes de haber leído nada, y continúan así toda su vida. Los verdaderos literatos se lamentan de esa multitud de jóvenes autores

Desde el barrio de los Judíos pasamos á la casa de Pilatos, para ver por una ventana la mezquita del templo, pues está prohibido, bajo pena de muerte, el que los cristianos pisen ni aun el atrio que rodea esta mezquita, cuya descripcion haré mas adelante cuando hable de los monumentos de Jerusalem. A alguna distancia del pretorio de Pilatos vimos la piscina Probática y el palacio de Herodes, que son actualmente unas ruinas, cuyos cimientos pertenecen á la mas remota antigüedad.

Nos detuvimos á ver un hospital, que antes fué de cristianos y ahora de turcos, y en el que nos enseñaron una gran caldera que llaman la *caldera de Santa Elena*. Antes daban á cada musulman que venia á este hospital dos panecillos y un plato de menestra, y en el dia de viernes le daban además un plato de arroz preparado con miel ó con uvate; pero nada de esto existe ya, ni queda vestigio alguno de aquella caridad evangélica, cuyas emanaciones parece estén pegadas á las paredes de este hospital.

Volvimos á atravesar la ciudad, y al llegar á la puerta de Sion, me precisó Alí-Agá á subir á la muralla, á la que no se atrevió á subir el dragoman. Un centinela que guardaba unos antiguos é inútiles cañones de á veinticuatro, quiso gritar al vernos; pero Alí le amenazó con que le lanzaria al foso, y el centinela hubo de callar. En cambio le dí una piastra.

Las murallas de Jerusalem, á las que tres veces he dado

que tal vez tendrian mas sólido talento, si poseyeran otra clase de conocimientos y mas profundos estudios. Boileau leia en su original á Longino, y Racine recitaba de memoria á Sófocles y Eurípides griegos. ¡Dios nos ha deparado un siglo de pedantes! Treinta Vadius no hacen tanto mal á la literatura, como un estudiante con las borlas de doctor. Véase la nota A al fin del volúmen.

la vuelta á pié, tienen cuatro caras á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo, cuyo lado mayor corre de Oriente á Occidente dos cuartas al Mediodía. D'Anville ha probado por las medidas y situacion de los principales edificios, que la antigua Jerusalem no tenia mucha mayor estension que la moderna: ocupa casi el mismo sitio que ésta, con solo la diferencia de que comprendia todo el monte Sion, dejando fuera el Calvario.¹ No debemos entender á la letra el testo de Josefo, cuando este historiador asegura que las murallas de la ciudad por la parte del Norte llegaban hasta los sepulcros de los reyes, pues se opone á ello el número de los estadios; y se podría decir además que aun casi tocan las murallas con estos sepulcros, pues no distan de ellos quinientos pasos.

La muralla actual la hizo levantar en 1534 Soliman, hijo de Selin, como lo indican las inscripciones turcas que hay en ella. Dicese que Soliman queria encerrar el monte Sion dentro de la muralla, y que mandó matar al arquitecto porque no habia cumplido sus órdenes. Estas murallas, que están flanqueadas de torres cuadradas, pueden tener en la plataforma de los bastiones unos treinta pasos de ancho y ciento veinte de alto, sin otro foso que los valles que circuyen la ciudad. Seis piezas de á doce colocadas á barbata, defendidas solo con gaviones, y sin abrir trinchera, harian en una noche una brecha muy capaz; pero tambien es sabido que los turcos se defienden muy bien detrás de cualquiera muralla, valiéndose para ello de espaldones. Jerusalem se halla dominada por todas partes, y para poderse defender contra un ejército regular, se necesitaria

¹ Véase la disertacion de D'Anville al fin de este Itinerario.

hacer grandes obras avanzadas al Oeste y al Norte, y levantar una ciudadela en el monte de las Olivas.

En este monton de escombros que llaman ciudad, las gentes del país han querido dar nombre de calles á ciertos parajes solitarios. Es cosa curiosa saber sus nombres, mayormente cuando ningun viajero habla de ellos. Sin embargo, los padres Roger y Nau han nombrado algunas puertas en árabe, y así comenzaré por estas últimas.

Bab-el-Kzalil, la puerta del Bien Amado: mira al Oeste, y se sale por ella para ir á Betlem, Hebron y San Juan del Desierto. Nau escribe *Bab-el-Khail*, y lo traduce puerta de Abraham, y es la que Deshayes llama puerta de Jaffa, y otros viajeros la de los Peregrinos y la de Damasco.

Bab-el-Nabi-Dahoud, la puerta del profeta David: cae al Mediodía sobre la cumbre del monte Sion, casi en frente del sepulcro de David y del Santo Cenáculo. Nau escribe *Bab-Sidi-Daod*, y es la que Deshayes, Doubdan, Roger, Cotovic, Benard, etc., llaman *Puerta de Sion*.

Bab-el-Maugrarbé, la puerta de los Maugrabinos ó de los Berberiscos: se halla entre el Levante y el Mediodía sobre el valle de Annon, casi á la esquina del templo, y en frente de la aldea de Siloan. Es la puerta Esterquiliaria ó del Múladar, y fué por la que los judíos llevaron á Jesucristo cuando le conducian del huerto de las Olivas al tribunal de Pilatos.

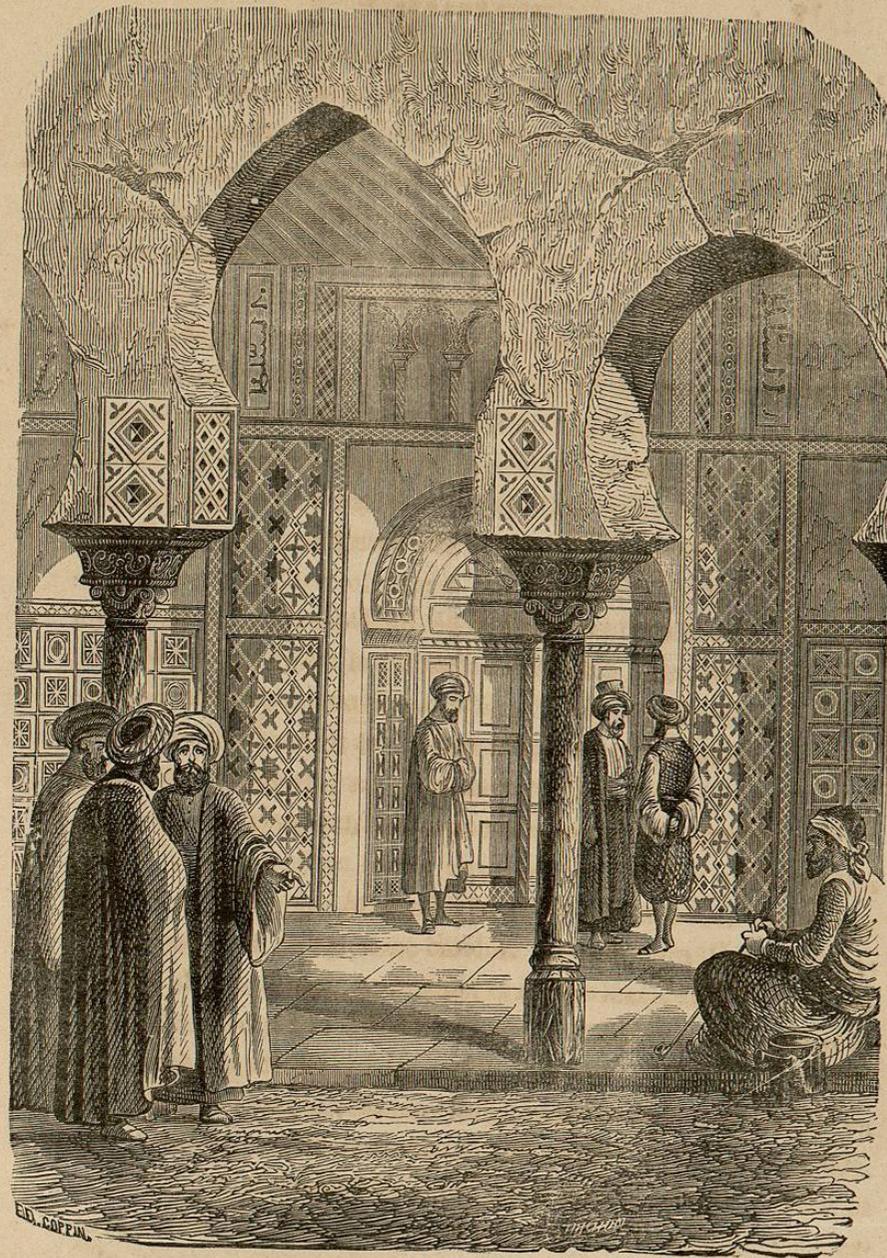
Bab-el-Darahie, la puerta Dorada: está á Levante, y va á parar al atrio del templo. Los turcos la tienen tapiada, pues es tradicion entre ellos que algun dia los cristianos entrarán en la ciudad por esta puerta. Créese que por este misma puerta entró Jesucristo en Jerusalem el dia de Ramos.

Bab-el-Sidi-Mariam, la puerta de la Santa Virgen, enfrente del monte de las Olivas. Nau la llama en árabe *Heutta*. Todas las relaciones de la Tierra Santa la nombran la puerta de San Estéban ó de María, porque aquí delante fué martirizado el santo, y por ella se va al sepulcro de la Virgen. En tiempo de los judíos se llamaba la *Puerta de los Ganados*.

Bab-el-Zahara, la puerta de la Aurora ó del Aro (*Cerchiolino*): mira al Septentrion y por ella se va á la cueva de las Lamentaciones de Jeremías. Los mejores mapas de Jerusalem convienen en nombrar á esta puerta de *Ephraim* ó de *Herodes*. Cotovic la suprime, y la confunde con la puerta de Damasco, y escribe: *Porta Damascena, si-ve Effraim*; pero demasiado pequeño y defectuoso su mapa, no puede compararse con el de Deshayes, ni aun con el de Shaw. El del viaje del español Vera es muy bello, pero recargado y algo inexacto. Nau no pone el nombre árabe de esta puerta, y acaso es el único viajero que la llama *Puerta de los Turcomanos*. La puerta de Efraim y la Esterquiliaria vienen á ser los dos portillos de Jerusalem.

Bab-el-Hamond ó *Bab-el-Cham*, la puerta de la Columna ó de Damasco: está al Nor-oeste, y va á los sepulcros de los reyes, á Naplusa ó Sichein, á San Juan de Acre y á Damasco. Cuando Simon Cireneo encontró á Jesucristo con la cruz acuestas, venia de la puerta de Damasco. Dos peregrinos entraban antiguamente por esta puerta; pero ahora lo verifican por la de Jaffa ó de Betlem, lo que ha producido la confusion de los nombres.

Pasemos ahora á dar razon de las calles. Las tres principales se llaman:



Harat-bab-el-Hamond, la calle de la Puerta de la Columna: atraviesa la ciudad de Norte á Mediodía.

Souk-el-Kebiz, la calle del Bazar: va de Poniente á Oriente.

Harat-el-Allam, la calle de la Amargura; comienza en la puerta de la Virgen, pasa por el pretorio de Pilatos, y concluye en el Calvario.

Aun se hallan otras siete calles menores, y son:

Harat-el-Mulmin, la calle de los Turcos.

Harat-el-Nassara, la calle de los Cristianos: va del Santo Sepulcro al convento de los latinos.

Harat-el-Asman, la calle de los Armenios: está al Levante del castillo.

Harat-el-Youd, la calle de los Judíos: en ella están las carnicerías.

Harat-bab-Hotta, la calle cerca del Templo.

Harat-el-Zahara. Mi dragoman me traducía estas palabras por *strada Comparita*; pero yo no sé lo que quería dar á entender, y solo sí que añadía vivían en ella los *rebeldes* y la gente mala.

Harat-el-Maugrarbé, calle de los Maugrabinos: estos maugrabinos, como ya he dicho, son los occidentales ó berberiscos; y entre ellos se hallan aún algunos descendientes de los moros que fueron espulsados de España en el reinado de Fernando é Isabel, los cuales encontraron en la Santa Ciudad muy buena acogida, pues se edificó una mezquita para ellos, y aun actualmente se les socorre con pan, frutas y dinero. Los herederos de los altivos Abencerrajes y los hábiles arquitectos de la Alhambra, sirven en Jerusalem de porteros, y de correos ó verederos, pues se les prefiere para esto por ser inteligentes y andarines. ¡Qué idrian Saladino y Ricardo si volviendo de pronto al mundo,